

Anna Bosch ha sido siempre una exploradora de lo nuevo. Lo nuevo como aquello que tiene capacidad de modificar a los colectivos y a las personas en un sentido de libertad. Así lo hizo como primera alcaldesa democrática de Mollet del Valles, cuando participó en Acció Ecologista y en el grupo Les Petras; así lo hace ahora en el proyecto de La Vila. De su experiencia y de la tarea de darle sentido ha ido surgiendo un pensamiento rico que nombra de nuevo el hacer de las mujeres en relación con la naturaleza, para aprender a vivir de otro modo mujeres y hombres.

Vuestro proyecto, La Vila, es una apuesta nueva por lo que se refiere a la vida material y a la actividad económica, y también por lo que representa como espacio de vida y de relación. Háblanos de él.

El proyecto lo vamos dibujando a partir de las necesidades e ilusiones de las personas que lo hacemos posible. Somos tres mujeres de entre 48 y 53 años (María, Anna y Maritxu) y tres hombres de entre 26 y 49 años (Jaume, Isard y Roger). Las interrelaciones entre unas y otros son variadas; hay una madre y su hijo, dos mujeres y un hombre que habían compartido piso en los años sesenta, dos mujeres con una larga amistad y un joven que conoció el grupo a través de Integral. Dos personas padecen enfermedades crónicas y ello añade más complejidad al grupo.

La Vila, donde se materializa el proyecto, es una finca de 10 Ha situada en el Parque Natural del Montseny, en medio de un frondoso bosque de encinas y pinos, a cincuenta kilómetros de Barcelona. La masía o casa rural del siglo XII que se encontraba en ruinas, se reconstruye siguiendo criterios de arquitectura y construcción bioclimáticos. Teniendo como meta a medio plazo la autosuficiencia energética, hídrica, alimentaria y económica, hemos optado por abastecernos del agua de lluvia mediante un complejo sistema de recogida y almacenamiento, aplicar sistemas para el ahorro de agua con un ciclo doble para uso doméstico, obtener electricidad de la energía solar fotovoltaica, basar la calefacción en caldera de leña, calentar el agua con energía solar, depurar biológicamente las aguas negras utilizándolas para el riego y reciclar los residuos sólidos elaborando compost. Las actividades agrícolas y ganaderas se diseñan según criterios de permacultura, y para el cultivo biológico nos basamos en criterios de biodinámica.

Aunque hemos comprado la finca entre cuatro personas, su explotación será en régimen de cooperativa formada por quienes allí trabajemos, sean o no propietarias. Aspiramos a poder vi-vir de la explotación agrícola, del turis-mo rural y de actividades relacionadas con el conocimiento del medio natural, la salud, y el arte. Queremos experimen-tar formas de trabajo no rutinario, participativo y creativo, que aporten sa-tisfacción emocional. Creemos posible otras formas de consumo y de economía basadas en una relación directa con los recursos que nos ofrece la naturaleza y en nuestra capacidad de utilizarlos ade-cuadamente. Aunque la situación geo-gráfica de la finca pudiera hacer pensar en un aislamiento voluntario, nuestro objetivo es, al contrario, que La Vila sea un foco de desarrollo cultural y de cre-cimiento personal. En un futuro, la fin-ca y la masía permitirían aumentar el grupo hasta doblarlo, o bien ofrecer la posibilidad de estancias intermitentes a personas que quieran vivir la experien-cia sin desvincularse definitivamente de su vida urbana.

Cuando se publique el anuario estaréis em pezando a vivir en el espacio de La Vila, pero el reto de ponerlo en marcha empezó mucho antes y probablemente habrá existi-do mucho trabajo, imaginación, entusias mo, capacidad de resolver conflictos, etc.

Hace tres años hallamos el lugar donde queríamos vivir: teníamos los ojos abier-tos y pudimos ver que pasaba una estre-lla. Así empezó todo. Los estímulos eran fuertes, la imaginación se disparó y nos pusimos a trabajar con entusiasmo. Mientras la idea comenzaba a dibujarse (proyectos, estudios, asesoramiento téc-nico, presupuestos, permisos, financia-ción...), el grupo se ampliaba. Consoli-darlo ha sido un proceso complejo y a veces contradictorio, en el que cada cuál se ha ido incorporando paulatinamente. Hemos tenido que afrontar situaciones conflictivas, pero hasta el momento, sa-limos de ellas con más entusiasmo aún. Consideramos que las relaciones huma-nas son la base donde se sustenta el pro-yecto, de manera que damos gran impor-tancia a encontrar formas de abordar y resolver conflictos y contradicciones en-tre unas y otros. Centramos en ello de-dicación y energía, y para ayudarnos, tra-bajamos con un psiquiatra experto en comunidades.

La divulgación del proyecto y las res-puestas positivas obtenidas nos han dado fuerza moral; destacamos la impor-tancia que tuvo para nosotros la fiesta que celebramos para que se conocieran las respectivas familias, y la presenta-ción pública en un centro cultural de Barcelona con la asistencia de ciento cincuenta personas.

Hemos experimentado cómo el gru-po nos permite realizar aquello que no podríamos conseguir individualmente, y con esta fuerza seguimos avanzando. Ya que la experiencia es nueva para to-das y todos, nos vemos en la necesidad de investigar y aprender constantemen-te como hay que hacer las cosas

Vuestro proyecto tiene algo que ver con las llamadas ecoaldeas?

Cuando oímos por vez primera la pala-bra «ecoaaldea» fue vinculada a la defini-ción de Robert Gilman: un asentamien-to humano, concebido a escala humana, que incluye todos los aspectos importan-tes para la vida, integrándolos respetuo-samente en el entorno natural, que apoya- formas saludables de desarrollo y que puede persistir indefinidamente. Enton-ces pensamos que sus palabras servían para explicar los elementos básicos del proyecto que teníamos entre manos, y lo utilizamos a veces. Como siempre que se hacen grandes definiciones vienen luego discusiones sobre lo que se adecúa o no al concepto. En 1995, en el En-cuentro de Ecoaldeas y Comunidades sostenibles de Findhorn (Escocia) se acordó reservar el nombre de ecoaldeas para comunidades sostenibles de entre 50 i 3.000 personas. Según estos crite-rios el concepto de comunidad sostenible sería más amplio que el de ecoaldea e incluiría más diversidad, pero el nom-bre de ecoaldea es afortunado.

En este momento existe una voluntad de establecer redes entre las personas que op táis por vivir en ecoaldeas, pero imagino que deben existir proyectos muy diversos. ¿Puedes poner ejemplos de esta diversidad y señalar, a la vez, qué elementos os unen ?

Desde 1994 existe una Red Global de Ecoaldeas que tiene por objetivo fomen-tar el desarrollo de asentamientos huma-nos sostenibles, favorecer el intercambio de información entre asentamientos, y difundir información teórica y práctica sobre ecoaldeas. La Red se constituyó como herramienta para implementar la Agenda 21 que surgió de la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro 1992). Posterior-mente, en 1995 tuvo lugar en Findhorn (Escocia) un encuentro de Ecoaldeas con la participación de 400 personas de 40 países, y de allí salieron tres redes regionales, una para América del Nor-te y del Sur, coordinada por la ecoaldea The Farm (USA), otra para Europa y Oriente Próximo coordinada por la ecoaldea Lebensgarten (Alemania) y una tercera para Asia y Oceanía, coordina-da por la ecoaldea Crystal Waters (Aus-tralia). En Europa existen ecoaldeas en Austria, Alemania, Bélgica, Chipre, Croacia, Dinamarca, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Holanda, Hun-gría, Islandia, Italia, Irlanda, Noruega, Polonia, Portugal, Rúsia, Suecia, Suiza y Turquía, En el Estado español el pro-ceso es incipiente, aunque ya se han rea-lizado tres encuentros en Arbolí (Tarra-gona) 1998, Artosilla (Huesca) 1999 y Amayuelas (Palencia) 2000 respectiva-mente, con una creciente participación de gentes de toda la península.

Hay unas ideas compartidas: vida en comunidad, respeto al medioambiente, economía solidaria y autosuficiente..., pero cada proyecto es diferente, de acuerdo con las ilusiones y necesidades de las gentes que lo conforman. Como ejemplo podemos ver algunos:

- *Artosilla, Aineto e Ibort eran tres pue-blos abandonados del Pre-Pirineo ara-gonés que la administración autóno-ma de Aragón cedió a la asociación La Carrucha Cultural que promueve prácticas de vida sostenible en el me-dio rural aragonés: hoy viven allí unas 80 personas que han ido reconstru-yendo sus propias casas. Tienen pro-yectado recuperar la Casa Fortaleza de Artosilla para destinarla a albergue, abrir una Escuela de Bioconstrucción y crear un Centro de Documentación e Información sobre Ecoaldeas y Co-munidades sostenibles.*

- *En Amayuelas de Abajo (Palencia) el Centro de Investigación y Formación en Actividades Económicas Sosteni-bles (CIFAES) ha conseguido poner en marcha una cocina industrial, un vivero forestal, un albergue y una panadería que dan trabajo a 15 per-sonas, en una zona que se estaba despoblando. Actualmente, 20 personas- viven de forma permanente en el pueblo, aunque no todas partici-pan del proyecto del CIFAES. Están construyendo 10 viviendas bioclimáticas con piedra y tierra cruda.*

- *En Valdepiélagos (Madrid) un grupo de personas compraron 30.000 m² de suelo urbanizable donde construyen 24 viviendas bioclimáticas con loca-les anexos para usos profesionales y un centro social.*

- *En la sierra de Collserola que bor-dea Barcelona, un grupo de jóvenes ocupó Can Paskual, una masía aban-donada en la que viven y trabajan la huerta, introduciendo energía solar y recogiendo agua de lluvia.*

- *En el Valle de Arce (Pamplona) la comuna de Lakabe ocupó un pue-blo abandonado en 1980 con el fin de convertirlo en una aldea alterna-tiva, basada en los principios de an-tiautoritarismo y no violencia. Han conseguido en su mayor parte la au-tosuficiencia alimentaria y energéti-ca. Alcanzaron a vivir en ella 50 ha-bitantes, aunque ahora viven 38 personas.*

• *En Facinas (Cádiz) viven 13 personas permanentemente, más 10 personas temporalmente, dedicadas a diversas actividades culturales y a la promoción de un arte que sirva a la comunidad, especialmente música y danza en su función de fuerza curativa.*

Podría seguir, pero creo que la diversidad queda suficientemente demostrada.

¿Cómo se podría articular una relación con sentido entre las personas que viven en ecoaldeas y las que vivimos en las ciudades?

Debo aclarar que existen versiones urbanas de las ecoaldeas. No solamente se trata de un movimiento rural. Ya he hablado de Valdepiélagos en Madrid. En Berlín encontramos la UFA-Fabrik que se fundó en 1979, y en Culemborg (Holanda) la EVA-Lanxmeer es una ecoaldea urbana en construcción. Es perfectamente pensable vivir en la ciudad con criterios comunitarios y ecológicos. Claro que la autosuficiencia alimentaria no es posible —de momento—, pero por lo demás, mucho se puede hacer. Es factible un edificio de pisos en que la gente comparte servicios básicos y opta por energías alternativas, ahorro de agua, consumo solidario de productos ecológicos... En la ciudad las relaciones humanas pueden rehacerse, y puede recuperarse todo lo bueno que la concentración ha supuesto históricamente, minimizando los aspectos negativos en relación al medio ambiente. Se habla de ecobarrios con vida propia. Imagina todo lo que puede dar de sí, teniendo en cuenta que en las ciudades ya hay muchas personas que trabajan en el ecologismo para hacerlas más vivibles (transporte público y bicicleta, pacificación del tránsito, urbanismo humanizado, ahorro energético y energías alternativas, alimentación sana, tratamiento de residuos basado en la reducción, la reutilización y el reciclaje...), y persiste el asociacionismo cultural y de barrio que tanta riqueza aporta a la comunidad.

Para ti vivir en La Vila parece una opción y una práctica política con capacidad de modificar el mundo, algunas gentes sin embargo pueden verlo sólo como una solución, individual o colectiva, que no va más allá de la vivienda, la actividad económica, el mundo de los afectos, etc.

Ciertamente, vivir en La Vila es una solución individual que incluye elementos tan fundamentales para la vida humana- como la vivienda, la actividad eco-nómica y el mundo de los afectos, en resumen, lo máximo que un ser humano puede hacer en ejercicio de su libertad y a partir de sus potencialidades. Decidir dónde, cómo y con quién quieres vivir y hacerlo, me parece algo difícilísimo de lograr, porque se hace pese a la atracción del modelo establecido que coloniza nuestras mentes y sentimientos bloqueando la capacidad de vivir de otro modo. Si consiguiéramos vivir a nuestra manera, el modelo imperante se fundiría como el hielo. Construir alternativas es una manera eficaz de modificar el mundo, tanto si quien lo hace tiene como si no tiene conciencia de ello. El pensamiento de la izquierda tradicional que es un referente importante para el cuestionamiento del sistema imperante, no ha sido aún capaz de reconocer tales evidencias, que se inscriben en el marco del orden simbólico. Entiendo que, con tales limitaciones, sea difícil percibir el valor político de las opciones personales. En cambio, el pensamiento feminista que ha puesto sobre la mesa las consecuencias determinantes del orden simbólico en las personas y en la sociedad, está aportando ideas y conceptos nuevos para entender el valor y la dimensión política del quehacer individual. Creo que tales conceptos y teorías que revolucianan el pensamiento occidental llegarán a ser aceptados como instrumentos para entender mejor la realidad de nuestro mundo. Mientras tanto, hay que arrogarse el derecho y el poder de dar valor a nuestras opciones.

¿Cómo has llegado Hasta aquí ?

Ha sido un largo recorrido, un viaje de búsqueda constante. Me pregunto si ya he encontrado mi lugar en el mundo. Puede ser, pero nunca existe la certeza absoluta. Podría tratarse de un espejismo, y, entonces, el viaje continuaría. En mí había deseos que me empujaban, aunque no sabía hacia donde. El deseo de naturaleza es algo que he percibido a lo largo de mi vida, aunque se ha manifestado de formas distintas. Mi infancia transcurrió rodeada de montañas, mi adolescencia estuvo marcada por el montañismo, y mi larga etapa de vida urbana compensada por los fines de semana en una masía del Montseny, y más tarde en Les Guilleries.

El deseo de paz interior, de buscar unos ritmos acordes conmigo misma, más allá del estrés urbano, de la competencia y de la ambición de situarse socialmente en buen lugar. Quería construir un marco donde poder escucharme a mí misma y donde poder manifestar aquellos aspectos que no tienen lugar en nuestro mundo globalizado y competitivo. Mi intuición relaciona más fácilmente la armonía con la naturaleza viva.

El deseo de curación ante la enfermedad degenerativa que padezco desde hace diecisiete años. La enfermedad cambió mi vida, y no solamente en el aspecto negativo por las

limitaciones y padecimientos que provoca. Fue también un toque de alerta definitivo para revisar y cambiar actitudes y opciones que me estaban dañando. En estas condiciones, constaté cuán hondo es el daño que se inflige a las personas mientras se las convence que viven en el mejor de los mundos posibles.

El deseo de comunidad siempre es-tuvo presente en mí. En mi juventud había compartido pisos con más gente en la ciudad, luego compartí las masías en el campo, y en los últimos años ha-bía participado en varios intentos de vi-vir colectivamente que no cuajaron.

Pero la realización de estos deseos estaba limitada por dos frenos poderosos, el miedo y la falta de conocimiento. Ahora tengo menos miedo y más conocimiento, lo justo para atreverme a andar en esta dirección. Constato que mi proyecto de vida ha ido dibujándose en la medida en que me conocía mejor a mí misma y podía vérmelas con miedos y limitaciones. En este proceso otro elemento determinante ha sido el regresar al pueblo donde nací y pasé mi infancia. Retornando a las raíces he hallado fuerza y paz.

¿Quieres explicarnos qué significó para ti, para tu visión del mundo y de la política, empezar a trabajar en el ecologismo?

Fue un regalo que me dio la vida. Lo encontré durante mi búsqueda, después de ver frustradas las esperanzas de cambio que había depositado en la política. Había dedicado trece años de mi vida a la causa obrera, primero luchando contra la dictadura y después siendo la primera alcaldesa democrática de Mollet del Valles, un municipio de 45.000 habitantes. Conocí el poder político y no me gustó. Experimenté como se consolidaba una nueva clase política utilizando las esperanzas que la gente había puesto en sus manos, y de qué manera eran fagocitadas las personas que entendían la política como servicio y no entraban en el juego. Me costó mucho aceptar esta dura realidad pues no entendía cómo alguien podía utilizar en beneficio propio el trabajo y el sacrificio de millares de personas. Se desmoronaron los mitos que había construido acerca del partido comunista y sus dirigentes. Me quedé sin instrumentos para cambiar el mundo y para entender qué había ocurrido. Me sentía profundamente aislada en mi aspiración a una sociedad mejor, pero no renunciaba a ello. Abandoné el partido y la política, consciente de que empezaba una larga travesía por el desierto...

... Y encontré el ecologismo a través de las revistas Mientras tanto y En Pie de Paz. Coincidió con el accidente de la central nuclear de Vandellós I, y nos pusimos a trabajar. Conocí a la

gente que en Catalunya luchaba desde hacia tiempo contra las nucleares, y entré de lleno en ello. Era un movimiento activo, fresco, independiente, inteligente. Pude comenzar a conectar teóricamente mis deseos de naturaleza con mis deseos de cambio social. ¡Aprendí tanto! Tenía de nuevo unos criterios que me ayudaban a entender el mundo y un instrumento para cambiarlo. Esta vez no se trataba de un todo absoluto, sino de instrumentos flexibles susceptibles de ser utilizados según el propio criterio y no siguiendo los mandatos de un dirigente o una organización. Las opciones individuales son básicas para el ecologismo, y se tiende menos a la especialización. Pensar y actuar es simultáneo. Comencé a reflexionar sobre la política, entrando en otra fase de mi vida y de mi pensamiento. En este punto ocurrió algo más sorprendente: descubrí el pensamiento feminista que me ha dado aún mejores instrumentos de comprensión.

En tus años de trabajo en el movimiento ecologista te has esforzado en repensar, y volver a nombrar, la relación de las mujeres con la naturaleza. Desde nuestra diferencia, ¿Qué significados podemos dar de ella?

La relación con la naturaleza ha sido un tema tabú entre las mujeres occidentales, y aún ahora resulta difícil plantearlo porque se nos ha relacionado con ella precisamente para desvalorizarnos. Pero creo que debemos arriesgarnos a demoler todos los tabúes cuando se trata de saber quiénes somos. Ya desde el ecologismo se ha cuestionado el concepto de que los seres humanos seamos los reyes de la creación. Aunque nuestro poder tecnológico y científico nos haga creer lo contrario, formamos parte de los ecosistemas naturales que estamos poniendo en peligro con nuestro afán de control y explotación ilimitados. Nuestra supervivencia se halla estrechamente ligada a la vida natural, porque las sociedades humanas se asientan en la naturaleza. Los informes del Worldwatch Institute evidencian que año tras año los problemas que ponen en peligro el planeta aumentan y lo poco que se hace para evitarlo es insuficiente. Parece claro que los seres humanos debemos replantear nuestra relación con la naturaleza, reconocer que formamos parte de ella, que tiene sus propias leyes y debemos respetarlas. La naturaleza ya no puede ser considerada algo controlable por el hombre, que podemos explotar sin límites. Las características de las mujeres ligadas al proceso de reproducción y cuidado de la vida humana se han situado en el nivel desvalorizado de la naturaleza. Según la ecuación: mujer es a naturaleza lo que hombre es a cultura, mientras las mujeres y nuestra capacidad reproductiva eran animalizadas, biologizadas, el hombre se situaba en el ámbito de la cultura, haciendo del pensar su característica específica. De esta manera, la actividad de los hombres ha consistido en construir ciudades, estados, monumentos, guerras, instituciones, estructuras, pensamiento..., a su imagen y semejanza. Paralelamente, las mujeres hemos garantizado la reproducción de la especie y hemos proporcionado la intendencia para que los hombres pudieran dedicarse a las actividades consideradas importantes sin perder tiempo en tareas tan poco gratificantes como poner a su alcance afectos, bienes y servicios para cubrir las necesidades básicas.

Durante mucho tiempo hemos creído que el problema de fondo era la división sexual del trabajo, y que, por consiguiente, la alternativa sería un nuevo reparto del mismo. Pero de la reflexión y observación de la realidad emergen nuevas percepciones que definen el problema con mayor profundidad. Lo cuestionable no es la división sexual del trabajo en sí —aunque también—, sino el planteamiento dualista según el cuál las tareas que desempeñan mayoritariamente los hombres son valorizadas mientras quedan desvalorizadas las que desempeñan mayoritariamente las mujeres. Las tareas en sí mismas no llevan ningún valor implícito, tal valor se les concede o se les niega según el sexo de quien las realice. Los estudios realizados sobre la feminización de las profesiones lo demuestran claramente: cuando las mujeres acceden mayoritariamente a una profesión (enseñanza, medicina...) ésta pierde gran parte de su estatus social. Siguiendo el mismo proceso, las capacidades específicas de las mujeres, aquellas que los hombres no tienen ni pueden tener —capacidad reproductiva— y aquellas que les exigirían un importante aprendizaje —experiencia cuidadora— quedan automáticamente situadas en el punto de máxima desvalorización. Estas capacidades femeninas se hallan directamente vinculadas a la vida humana, estableciendo en quien las tiene, unas relaciones especiales con la naturaleza que no son de control y explotación, sino de aceptación, comprensión y experimentación. El carácter de estas relaciones nunca puede situarse —como hace el pensamiento patriarcal— en el ámbito de la animalidad, ya que aceptar, comprender y experimentar son cualidades humanas que exigen conciencia propia, y por tanto se inscriben en el ámbito de la cultura.

Dar significado a la relación específica de las mujeres con la naturaleza, abre camino a una revisión de cómo y por qué las sociedades humanas ponen en peligro la vida en el planeta Tierra. Y ello permite ver también desde otra perspectiva cómo se estructuran jerárquicamente tales sociedades basadas en la desvalorización de lo diferente, a partir de la diferencia primordial entre hombres y mujeres.

¿Podrías decir en pocas palabras cómo se unen en tí todos los hilos que han ido saliendo en la conversación: la opción personal, la práctica política, la participación en el movimiento ecologista, el ecofeminismo ?

Es una cuestión de sexo, estómago y corazón. De sexo, porque soy mujer y quiero existir como tal en un mundo que niega mi existencia. De estómago, porque no puedo soportar que mi ración de pastel sea mayor a costa del hambre y la miseria de miles de millones de seres humanos. De corazón, porque amo la vida y cuando la destruyen lo sufro en propia carne.

Otra forma de vida: colaborar con la naturaleza / Entrevista a Anna Bosch

Escrito por Elena Grau

Sábado, 29 de Enero de 2000 15:36 -
